

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 85

*Providence College Centennial (1917-2017):
Literatura Latinoamericana y Lectura Global*

Article 33

2017

Voltaire

Federico Vegas

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Vegas, Federico (April 2017) "Voltaire," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 85, Article 33.
Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss85/33>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

Federico Vegas

Voltaire

Siempre se han enfrentado dentro de mi dos fuerzas: la del abuelo educador y la del abuelo comerciante. El comerciante es Arturo, de mi madre, la rama andina, la seria y ceremoniosa, justo la apariencia que requieren los buenos negocios.

El abuelo Arturo emigró con su hermano mayor a Caracas poco antes de los años cincuenta, en los tiempos que el éxodo del campo a la ciudad comenzó a agarrar la fuerza de una invasión. Los hermanos montaron una pequeña bodega en La Pastora y así se mantuvo la familia durante varios años. Luego el mayor hizo familia y agarró camino de su cuenta.

En la pensión donde se quedó viviendo Arturo, conoció a un inmigrante haitiano de elegantes modales que hablaba español, inglés y francés. Se llamaba Monsieur Voltaire y trabajaba para una familia muy rica en el Country Club. Cuando Arturo le preguntó desde cuándo usaba de apodo un nombre tan célebre, su nuevo amigo le respondió que desde la infancia.

—Has debido ser un niño muy culto para inventarte eso de Voltaire —comentó mi abuelo.

—El culto era mi padre, así me bautizó. Mi apellido es Tesson. Lo único que yo me inventé fue el “Monsieur”.

El haitiano solo aspiraba a la estabilidad de los sedentarios que siempre tienen una sola esposa, un mismo oficio y un único domicilio. Le parecía absurdo forzar la barra de las expectativas después que la vida le había impuesto una desafortunada dosis de desgracias de las que

milagrosamente había logrado salir ileso. Contaba que venía de una familia muy aristocrática que había sido diezmada cuando los “marines” se retiraron de Puerto Príncipe. Él fue el único de la familia que logró huir a República Dominicana. Cruzó la frontera sin nada y se puso a trabajar en las zafras con un machete prestado. Luego vino la persecución de 1937. Trujillo se afianzó en el poder con una campaña xenofóbica que culminó en un genocidio de trabajadores haitianos. El método era exigirle al detenido que dijera “perejil”, y al que decía “pegejil” le cortaban la cabeza. De allí quizás venía la pronunciación impecable de Monsieur Voltaire, salvado por una lengua que se adaptaba a los misteriosos giros de un nuevo idioma. Su éxodo continuó hacia Venezuela y empezó cortando caña en los valles de Aragua, hasta el día que el dueño de la finca lo escuchó hablar inglés con su acento impecable y se lo llevó a Caracas para que hiciera de mayordomo, chofer y guardaespaldas, dada su altura y mirada fúnebre. Era un hombre muy fuerte que jamás salía de juerga. Le tenía miedo a las peleas y a los tragos, no por cobarde sino por los peligros que propiciaban sus facultades prodigiosas.

Este culto mayordomo se llevaba a la pensión los montones de revistas viejas que botaban a la basura en la quinta Salamanca del Country Club. Los fines de semana los dos amigos comentaban desde los grandes acontecimientos mundiales reseñados en los artículos de *Life* hasta las propuestas más prácticas de *Mecánica Popular*. Arturo siempre estaba atento, cazando oportunidades. Nunca perdió la rutina de analizar noticias. Lo recuerdo examinando los avisos clasificados de El Universal y dibujando una maraña de flechas que parecían las coordenadas de un tesoro.

Monsieur Voltaire también se trajo a la pensión una colección completa de los Clásicos Jackson que su patrón había desechado por desvaída y le propuso a Arturo incluirlos en los temas de sus discusiones, pero el abuelo contestó que a él sólo le interesaba leer revistas que lo ubicaran y lo actualizaran. Entonces su amigo inició una de sus disertaciones:

—Nuestras lecturas deben servir para ampliar nuestra visión del tiempo y del mundo, no para confirmar la que ya tenemos.

Prevalcieron las revistas y un buen día apareció una oferta que les llamó la atención. Una compañía norteamericana de productos para bañar perros, con el nombre de su propietario y fundador, “Mister Roberts”, buscaba un representante para Latinoamérica y el Caribe. Aquello a mi abuelo le pareció totalmente absurdo. De donde él venía, jamás a nadie se le había ocurrido bañar un perro; el poco jabón que había era para la gente. Monsieur Voltaire estaba más abierto a las sorpresas que depara el futuro y, revisando los amontonamientos que rodeaban su cama en la pensión, encontró un artículo sobre Rin tin tin donde quedaba demostrado que ahora los perros eran más importantes que la gente.

Uno de los subtítulos aseguraba: “Todas las familias quieren tener una estrella de cine en casa”, una frase que los hizo reír de felicidad, como si ya la sociedad con m^íster Roberts estuviera andando.

Mi abuelo Arturo podía pasar en segundos de una terca indiferencia a la excitación de un fanático, y empezó a imaginar un mundo donde habría mares de jabón y la gente pagaría por bañar a su perro. Le pidió a su amigo que le escribiera una carta al señor Roberts, dirigida a sus oficinas de Richmond, Virginia, ofreciéndose como el representante que necesitaba.

Al mes tuvieron respuesta: m^íster Roberts quería conocer personalmente a su nuevo socio y solicitaba una fecha para el encuentro. ¿Dónde recibirlo? Tenía que ser un lugar que transmitiera confianza y así poder cerrar el acuerdo comercial, pero era imposible conseguir una oficina. No tenían ni para pagar un día de alquiler. Estaban a punto de desistir cuando el haitiano propuso hacer coincidir la visita del norteamericano con un viaje largo que los dueños de la casa en el Country harían a París. Mi abuelo sería el propietario y Voltaire su mayordomo, un papel que conocía a la perfección. La actuación de mi abuelo requería de bastante más preparación y se gastó unos buenos reales comprando un buen traje. Cuando se quejó de que estaba arriesgando todos sus ahorros, su socio le respondió:

—Si esto se descubre, vuelvo a cortar caña.

Se tomaron en serio el futuro encuentro e hicieron un ensayo general en la residencia. Mi abuelo recibió una clase de buenos modales. Aprendió donde estaba los licores, donde los tabacos y hasta cómo ubicar casualmente en la biblioteca una enciclopedia sobre animales prehistóricos. Asombrado del buen estado en que estaban las ristras de tomos, preguntó cómo los libros se mantenían en tan bien estado.

—Jamás los leen —respondió Voltaire con el tono melancólico de quien no puede reparar una injusticia.

El chofer haitiano buscó en el aeropuerto a m^íster Roberts, quien sería recibido a las puertas de la residencia Aminta por la imagen radiante de un posible socio con mayordomo trilingüe y dueño de un bello jardín con grandes árboles. Las cosas salieron mucho mejor de lo pensado. Monsieur Voltaire había insistido en que las mentiras debían tener un razonable porcentaje de verdad, y era rigurosamente cierto que la familia del dueño de la casa estaba de vacaciones en París. La otra recomendación que le dio a Arturo era más sutil y fue más efectiva:

—Los ricos aman o detestan. Se pueden dar el lujo de evitar los sentimientos intermedios.

Cuando Roberts, viendo los amplios campos de grama más allá del jardín, le preguntó al dueño de la casa si le gustaba jugar al golf. Mi abuelo respondió que le parecía una pérdida de tiempo caminar detrás

de una pelota tan pequeña y pegarle con un palo de alambre. Además añadió con orgullo:

—Lo mío son los caballos.

La frase, traducida por Voltaire, sonaría mucho más elegante, sobre todo cuando le añadió un comentario de su propia cosecha:

—“It is not enough for a man to know how to ride; he must know how to fall”.

El proverbio sobre la importancia de aprender a caer con dignidad tendría sentido cuando, medio siglo después, las acciones de Roberts y compañía se vinieron abajo y el abuelo perdió millones de dólares.

Esa conversación, junto a un par de habanos y una dosis desmesurada de buen coñac, fue el principio de una larga amistad. Seguro que Voltaire había leído en alguna otra revista que los hombres de Virginia aman el tabaco y los caballos.

El trato de la representación fue cerrado con un apretón de manos. Mi abuelo tendría una línea de financiamiento de cincuenta mil dólares. También le asignaron gastos de representación y aceptó con entusiasmo el compromiso de aprender inglés. La vida le había cambiado. Al día siguiente míster Roberts partió rumbo a Brasil y mi abuelo regresó a su pensión, donde hizo un balance de los detalles:

—Todo estuvo muy bien, menos el coñac.

Monsieur Voltaire respondió con su tono más humilde y servicial:

—Sus tragos, querido amigo, los rendí con agua.

—¿A qué vienen esos trucos de puta?

—Para ahorrar... y para que no se te aflojara la lengua.

La lengua era la religión de Voltaire, el alma de los negocios y de la amistad. Mi abuelo cuenta que todo lo que dijo en aquella primera reunión sonaba más inteligente en inglés. También recuerda que hubo un momento en que la conversación se hizo tan fluida y grata que llegó a temer que Roberts fuera el mejor actor de los tres, pero se tranquilizó cuando su socio le explicó al volver del aeropuerto:

—Nosotros no tenemos nada que perder. Ahora solo nos queda trabajar y avanzar.

Mi abuelo terminó haciéndose socio de Roberts con un porcentaje muy pequeño, pero de un negocio que abarcaría varios continentes. El pequeño laboratorio de Virginia se convirtió en una gran trasnacional con operaciones en casi todo el mundo, y mi abuelo tuvo mucho que ver con el crecimiento de la operación en Latinoamérica.

Diez años después, cuando ya Roberts y Arturo se habían demostrado una lealtad inquebrantable, mi abuelo sintió que había llegado el momento de confesar la verdad sobre los inicios de su amistad. Estaban bebiendo en un club campestre en las afueras de Richmond y Roberts se ríe complacido con el cuento, orgulloso de haber sido la víctima de

una tramoya con un final tan auspicioso:

—Nunca un engaño me ha traído tantos beneficios.

Él también tenía algo que contar, pues camino al aeropuerto trató de robarse al mayordomo:

—Le ofrecí arreglarle los papeles y un sueldo fabuloso. Nunca había conocido un hombre tan culto.

Apenas Arturo llegó a Caracas, buscó a su Voltaire y le reclamó que no le hubiera contado la propuesta de Robinsón, y, más todavía, que no la hubiera aceptado. La respuesta que le dieron me marcó para siempre:

—Hace diez años no tenía una buena explicación para quedarme en Caracas. Ahora sí puedo decir que aquí tengo el mejor de los socios. ¿Dónde se ha visto que un mayordomo tenga tantas acciones como el dueño de la casa?

Poco antes de morir, mi abuelo me contó uno de sus secretos. Su primera intuición era la correcta: a los perros no hay que bañarlos con jabón, les hecha a perder la piel al eliminarles su aceite natural

—Cepillo y agua es todo lo que necesitan —me dijo—, es igual que con los caballos.

Le pregunté si se arrepentía de haber iniciado su fortuna con algo tan inútil y me respondió:

—Más grave que bañar un perro con jabón es no aprovechar un buen negocio.

Ese diálogo me ha perseguido siempre, como si en el futuro me aguardara un nieto que está por hacerme la misma pregunta.